



**MENSAJE DEL GOBERNADOR
DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
HONORABLE RAFAEL HERNANDEZ COLON
CON MOTIVO DE LA APERTURA DEL CICLO DE
CONFERENCIAS SOBRE EL PENSAMIENTO Y
LA OBRA DE LUIS MUÑOZ MARIN**

11 DE ABRIL DE 1986

**UNIVERSIDAD CATOLICA MADRE Y MAESTRA
REPUBLICA DOMINICANA**

Amigas y amigos todos:

Me siento altamente honrado y me causa una privilegiada satisfacción el dirigirme a ustedes en el día de hoy. Actos como éste de hoy son necesarios para amarrar más fuertemente los vínculos del sentimiento latinoamericano y para fortalecer la solidaridad de espíritu entre nuestros pueblos. Desde hoy, y en actos recurrentes, se iniciará un ciclo de conferencias sobre el pensamiento y la obra de don Luis Muñoz Marín. Me enorgullece hablar de aquel insigne prócer puertorriqueño porque desde muy joven estuve en persona a su lado. Muñoz fue padre y maestro para nuestro pueblo. Y para los que apenas éramos niños para el año 1940, fue Muñoz una imagen rectora de influencias sobre nuestra formación.

Muñoz Marín fue un visionario y fue un reformador social. Se adelantó a su tiempo y auscultó el porvenir en la historia. Se indentificó con la clase de los desposeídos y sufridos y la vió como un producto malsano de la injusticia. Su pensamiento y su obra fueron de liberación y de justicia; siempre soñó con la forjación democrática de todas las Américas.

Una anécdota que data de 1926 —antes de que don Luis se dedicara de lleno a la lucha política— nos habla de la ocasión

en que luego de saludar a un jíbaro en un camino vecinal de Vega Baja, Muñoz le dice a quien le acompañaba: "¿Ves a ese hombre?... Tiene su esperanza puesta en mí..., pero él no lo sabe". Poco sabía Muñoz en aquel momento y mucho menos el jíbaro, para siempre anónimo, cuántas veredas caminarían juntos; cuántos sueños tendrían en común y cuán larga y empinada sería la cuesta del porvenir.

En aquellos caminos escarpados de la ruralía fue que Muñoz descubrió a la masa del pueblo. Siempre fue poeta; de sí mismo decía ser "el panfletista de Dios" que va "... con la turba de estrellas y hombres hambrientos, hacia la gran aurora." Conoció a perfección "la geografía adolorida" del alma del puertorriqueño y la "geología estratificada de su injusticia social".

Era poeta de la liberación; no creía en la poesía que llamaba "poética" sino en la "poesía vital"... "aquella que no se escribe porque gasta toda su energía en vivirse". (Memorias)

Recorrió esa ruta con una profunda vocación americanista; veía en la América toda, una amplia morada de la democracia. Esa visión y esa solidaridad de Muñoz con la democracia americana

la llevó consigo desde muy joven. En 1923 ya estaba envuelto en una lucha contra la dictadura de Juan Vicente Gómez en Venezuela y ayudó a la creación de la Unión Obrera Venezolana. Desde entonces y a través de revistas y periódicos —The Nation, el Baltimore Sun y el American Mercury— llevaba a la opinión pública norteamericana las ansias de las fuerzas reivindicadoras del continente.

Simultáneamente intentaba llevar al público latinoamericano la vitalidad que encontró y admiró en la poesía estadounidense, en traducciones y artículos de crítica de autores como Walt Whitman, Edgar Lee Masters, Vachel Lindsay, Edwin Markham y Carl Sandburg. Los presentaba como "modelos... no para imitar su forma ni su fondo... sino para copiar su fidelidad a la vida y al ambiente que los produce..."

Muñoz fue un firme creyente en la fuerza inagotable del propósito que impulsa a los pueblos. En un discurso de 1941 decía que: "Lo que da unidad a la democracia... es la igualdad profunda de sus propósitos en todos los momentos y en todas las regiones; porque de la igualdad de sus propósitos es que surge en el tiempo la igualdad final de sus realizaciones."

Se solidarizó siempre con los pueblos y con los hombres que buscan encauzar y acelerar la marcha hacia el propósito de libertad y de justicia. Cuando la sombra de las dictaduras se cernía tenebrosamente sobre algunos países americanos, Puerto Rico se convirtió en casa de libertad y de buena voluntad para quienes las combatían. Uno de ellos, don Rómulo Betancourt, lo recuerda en las siguientes palabras:

"Volvió (Muñoz) sus ojos hacia la América Latina aplastada por dictaduras y en la década del '50 Puerto Rico se convirtió en el asilo de todos los hombres libres de América y de Europa. ... (Muñoz) estaba convencido de que no es cierta la tesis de que los pueblos latinoamericanos están condenados por ciertas razones de historia, de raza, de clima, a vivir bajo el yugo de los déspotas. ... (Mantuvo) una renovada fe en la capacidad de nuestros pueblos para ir creciendo, desarrollándose, alcanzando metas cada vez más altas de cultura y de bienestar dentro de la democracia y de la libertad."

Dentro de esa morada de libertad que fue América para Muñoz, tuvo particular fe e interés en la particular morada de Puerto Rico. En efecto le tocó a Muñoz desempeñar el papel protagónico en la revolución pacífica y democrática de Puerto Rico. Rechazó la supuesta falta de aptitud de los pueblos latinoamericanos para

la democracia. Y reconoció la singular capacidad del pueblo puertorriqueño para ello. Muñoz descubrió en aquel pueblo maltrecho y atropellado una instintiva inclinación, una profunda vocación, hacia la democracia.

Podría argumentarse hasta la saciedad si es el líder quien produce las condiciones propias a los cambios, o si son las condiciones las que producen al líder. Desde la óptica de la acción real, el debate me está estéril. La verdad es que en momentos de grandes rectificaciones observamos la coincidencia de ambos factores. Esa coincidencia se dio en Puerto Rico en la cuarta década de este siglo. El pensamiento y la acción de don Luis Muñoz Marín se unieron a las condiciones paupérrimas del momento y se fraguó una simbiosis recíproca entre la historia y el hombre-pueblo.

El pueblo y el líder se descubrieron mutuamente.

"Cuando yo iba por los campos" —escribe Muñoz en 1941—
"la gente creía que yo estaba haciendo campaña entre ellos. La realidad más honda era que ellos estaban haciendo campaña en mí. Yo le daba palabra a su dolor acorralado. Le daba objeto a su largo esperar."

"La desesperación, si no da al suicidio, se hace fuerza incontrastable de la esperanza. Las viejas maquinarias políticas estuvieron por años creando la desesperación. Al hacerlo estaban creando al electorado de la esperanza."

Fue ese electorado de la esperanza el que se movilizó y se convirtió en la fuerza incontenible que abrió una nueva época en la historia de Puerto Rico. Aquel electorado transformó por siempre la vida política del país. Muñoz consideró que el advenimiento de la entidad "el pueblo" como nuevo personaje en la escena política, era la causa principal del viraje de la historia, era el motivo de la transformación. Antes hubo la "época de los patriotas" —que Muñoz la ubica desde que la clase criolla cobró conciencia de sí misma en los albores del Siglo XIX hasta la muerte de Luis Muñoz Rivea, su padre—; luego tuvimos "la época de los políticos" —desde 1916 hasta 1939. De 1940 en adelante, el drama cambiaría:

"... ha entrado en la escena de nuestro drama puertorriqueño", dijo Muñoz, "un personaje nuevo, de potencias incalculables, que va a dominar toda la etapa histórica que se abre ante nosotros. Este personaje es el pueblo de Puerto Rico."

Hacer realidad, en la acción cotidiana, la esperanza de aquel pueblo fue la misión autoimpuesta de aquel grande hombre.

Tenía que liberar a aquella masa sufrida de gente humilde que trabajaba barato y vivía caro; tenía que darle atención prioritaria a la economía en lo que llamó "la batalla de la producción." De aquella misión surgió su programa de acción: La Reforma Agraria, la repartición de tierras y las fincas de beneficio proporcional; la fuerte inversión pública en infraestructura; el impulso hacia la industrialización —primero, por el sector público y luego con la exitosa "promoción moscosiana"; legislación para reglamentar el salario mínimo, la jornada máxima de trabajo y otras de protección social.

Sabiamente se fueron atemperando los imperativos de la justicia social con los imperativos económicos; el crecimiento económico estuvo orientado hacia una más justa distribución de la riqueza nacional que se creaba.

La idea de lo justo, de lo prudente, de lo razonable, sensato y equilibrado, siempre estaba presente en Muñoz. Para 1942 había escrito que "la pobreza más grande es la de necesitar mucho, así como la riqueza más positiva es la que se expresa en necesitar poco dentro de los cánones del sensato y saludable vivir." Es claro, el fruto del crecimiento económico debe tener una finalidad

más elevada que el mero aumento de los caudales. La producción y la distribución de la riqueza nacional debe tener un móvil, decía Muñoz, que esté "a la altura de la dignidad de la misión del hombre en la tierra."

En el año 1955, don Luis hizo un diagnóstico —presente y futuro— del Puerto Rico de la época. Hablaba de "operaciones" en el sentido de programas reales de acción. Describió —en su muy citado discurso en la Universidad de Harvard— las tres tareas que Puerto Rico tenía ante sí: La Operación Manos a la Obra, como la lucha para abolir la pobreza extrema. Operación Estado Libre Asociado, como la lucha para establecer una nueva forma dinámica de libertad política. Y la Operación Serenidad, como la aspiración "a una buena manera de vivir, a un modo de vida en que la energía generada para abolir la pobreza sirva para profundizar la libertad humana que esa abolición debe traer, en vez de conturbarla y sumirla en la confusión."

Muñoz advirtió con todo rigor que teníamos que "procurar impartir al esfuerzo económico y a la libertad política unos objetivos armónicos con el espíritu del hombre, en su función de regidor más bien que de servidor de los procesos económicos."

Es una idea, una preocupación y una advertencia de sana sabiduría que quedó sembrada en nuestra conciencia colectiva; el ser humano tiene que apreciarse como Regidor —como edil, director, administrador, impulsor, usuario y beneficiario— de los procesos económicos, y no como su servidor. La máquina está para servirle a la persona, no para doblegarlo; no hay dinero que compre la vergüenza; el humano digno no se humilla frente al poder indecoroso.

Es en esa actitud que denomina "serenidad" en cada ser humano, donde radica para Muñoz la verdadera y la más honda libertad. A la edad de veintitrés años había escrito: "La felicidad me parece más digna de ser luchada en sus delicadas y múltiples formas individuales que en su forma de justicia al por mayor." En vez de "felicidad" léase "libertad" en esa cita y se entenderá por qué, para él, la morada última, esencial, radical, de la democracia, es la conciencia individual de cada ser humano.

En una reflexión sobre la democracia puertorriqueña, hace cuarenticinco años atrás, había dicho:

"Un gobierno de mayoría sin sentido hondamente humano no es democracia completa, ni amaga a proximidad de democracia perfecta. En su sentido más profundo, la actividad democrática

hacia la vida ha de tener caracteres de actitud religiosa. Lo mismo que en el concepto de la divinidad, Dios es padre de los fuertes y débiles, de los buenos y de los malos, en la honda igualdad de Su paternidad, los derechos de la democracia son de los fuertes y de los débiles, de los que alguien juzgue buenos y de los que alguien juzgue malos, de los seres humanos como tales seres humanos en la profunda filiación de la democracia.

Visualiza y siente la democracia como una actitud hacia la vida, como una forma de vivir la vida. Democracia es igualdad en el hombre; democracia es dignidad de la persona; democracia es humildad. La democracia adquiere, se entrelaza y se confunde para Muñoz con la actitud religiosa: "con lo que para nuestras mentes occidentales es el sentido más lato de la religión; se entrelaza con el cristianismo.

Dos décadas antes el Santo Padre Juan XXIII había escrito las siguientes líneas al inicio de su Encíclica Madre y Maestra:

"La doctrina de Cristo une, en efecto, la tierra con el cielo, ya que considera al hombre completo, alma y cuerpo, inteligencia y voluntad, y le ordena elevar su mente desde esta vida terrena hasta las alturas de la vida eterna."

Luego, en 1955, decía Muñoz que la serenidad:

"...podría definirse como el hábito de ver el mundo como una totalidad, la sociedad viviente de hombres, fuerzas y hechos en la cual cada uno como individuo inserta su vida. Para verlo integralmente hay que verlo con sencillez. Y para verlo con sencillez hay que verlo con profundidad."

El notable paralelo entre esos pensamientos es inescapable.

América, Puerto Rico y la conciencia individual del ser humano: he ahí tres moradas de la democracia, fundamentales en el pensamiento de Luis Muñoz Marín. Muñoz, el humanista, estaba convencido de que la democracia no podría morar en lugar alguno mientras no estuviera enraizada profundamente en la conciencia individual de los seres humanos. De ahí la importancia de una educación que a la natural propensión del hombre hacia la libertad, añada el saber y los medios de saber para abundar en la búsqueda de la verdad. Dicho de otra forma, de ahí la necesidad de educar para la democracia.

Los puertorriqueños tenemos un compromiso ineludible con la libertad de la conciencia individual. Es nuestra obligación

y nuestro deber, nuestra misión y nuestro destino, colaborar en la forjación democrática de toda la América. Estamos comprometidos por propia y honrada convicción a adelantar la lucha por liberar el alma, el espíritu y la conciencia de todos los americanos.

La Universidad de Puerto Rico, en cumplimiento de su deber de ley y de su deber moral, se hace parte de ese esfuerzo puertorriqueño colectivo al auspiciar, conjuntamente con la Universidad Católica Madre y Maestra, este ciclo de conferencias sobre el pensamiento y la obra de don Luis Muñoz Marín. Puerto Rico se anuda al común porvenir y al destino común de la democracia en las Américas. Puerto Rico y República Dominicana soñaremos juntos, realizaremos juntos nuestras esperanzas y creceremos juntos en el ideal democrático.

Quiero expresar mi profundo agradecimiento a los organizadores de este acto y a las autoridades de la Universidad de Puerto Rico y de la Universidad Católica Madre y Maestra por la invitación que me extendieron para dirigirme a ustedes hoy. Actividades como la de hoy, y el ciclo de conferencias que ella comienza, sirven para cumplir bien la encomienda de presente y futuro que nuestros países comparten en el afán de robustecer y de enriquecer nuestra solidaridad.